

Y añade en el epígrafe 36: «Las habladoras que rigen las vías de la avidez de novedades, diciendo lo que se debe tener leído y visto. El 'ser en todas partes y en ninguna' de la avidez de novedades está entregado a la responsabilidad de las habladoras».

En definitiva, *La época presente* es un opúsculo que consigue el objetivo de todo texto filosófico: dar que pensar. Tras la apariencia de crítica cultural, Kierkegaard aborda, con mirada lúcida, el presente y abre campos de reflexión que quizás en la actualidad nos resulten más familiares que en el siglo XIX.—FRANCESC TORRALBA.

HAUGHT, JOHN F., *Dios y el nuevo ateísmo. Una respuesta crítica a Dawkins, Harris y Hitchens* (Universidad Comillas, Madrid - Sal Terrae, Santander, 2012). 167 pp., ISBN: 978-84-293-2011-4.

John F. Haught es miembro directivo del *Woodstock Theological Center* de la Universidad de Georgetown. Desde 1970 hasta 2005 fue profesor y luego catedrático de Teología en esa misma universidad. Fundador del «Georgetown Center for the Study of Science and Religion», se ha ocupado de cuestiones de cosmología y ecología y es un defensor de la compatibilidad entre evolución y una visión religiosa del mundo. *Dios y el nuevo ateísmo* es la traducción castellana del original *God and the New Atheism*. Los comentarios que ofrecemos aquí están hechos a partir de la traducción castellana de 2012, en la que posiblemente, habría que hacer matices de interpretación de algunos conceptos vertidos en ella.

De la lectura del libro de Haught (y de algunos comentarios recibidos de diversas fuentes) se desprende que tal vez en los ambientes crispados norteamericanos, donde los fundamentalismos religiosos son patentes, sea más difícil establecer este tipo de diálogo. En Europa, por el momento, los fundamentalismos políticos y religiosos existen, no tienen demasiada fuerza mediática. Tal vez la vieja Europa tenga un fondo de humanidad y tolerancia mayor que la de otras tierras. Y este sustrato no conviene erosionarlo.

Desde este contexto norteamericano es necesario leer el ensayo de Haught. Posible-

mente, debe haber habido alguna historia anterior que ha «calentado» en exceso la pluma del docto profesor de Georgetown. Y desde nuestro contexto nos parece desmedido en descalificaciones. Muy probablemente, los jinetes del ateísmo podrán argüir que Haught ha sacado frases de contexto, que va a por ellos, que malinterpreta sus ideas. Es más: los rasgos que el autor resume de lo que entiende por Naturalismo Científico, nos parece —y seguramente le parecerán a sus oponentes— excesivamente simplista y maniqueo. Haught, como don Quijote, lucha —en mi opinión— contra unos odres de vino que no son temibles gigantes, sino simples pellejos. Y en este punto, los jinetes del ateísmo tienen un oponente debilitado al poner en el intento más pasión que racionalidad.

Pero tiene razón Haught cuando repite que Dawkins, Harris y Hitchens se han equivocado de enemigo. Que meten en el mismo saco a los protestantes fundamentalistas, a los terroristas del 11S, a los creacionistas y a los teólogos de mentalidad abierta. Y no se pueden medir todos por el mismo rasero. Los cuatro jinetes parecen desconocer, por una parte, las reflexiones modernas de las teologías; y por otra, aparentan no haber leído a los «grandes» maestros de la sospecha y del ateísmo que llevaron su negación de Dios hasta las últimas consecuencias: Nietzsche, Freud, Marx, Sartre, Bertrand Russell, etc. Como dice Haught, con razón, los nuevos ateos tienen un rictus conservador pues no desean sacar las últimas consecuencias personales y sociales del ateísmo y de una sociedad que desean que sea atea. Consecuentes con el paradigma biológico de la Reina Roja de Van Valen, estos ateos quieren «que todo se mueva para que nada cambie».

Escribe Haught en el Prólogo (p. 7): «Mi esperanza es que las páginas que siguen ofrezcan a lectores de diferentes trayectorias formativas, intereses y convicciones un conjunto coherente de reflexiones que resulte útil e interesante en el inagotable debate entre la fe religiosa y el escepticismo moderno».

Y más adelante (p. 15): «Me he decidido a escribir este libro con el fin de sacar a la luz los principales errores y falacias que hacen al nuevo ateísmo mucho menos imponente de lo que a primera vista pueda parecer».

Para llevar a término estos objetivos, Haught estructura la materia en ocho capítulos, siendo el último («La teología cristiana y el nuevo ateísmo») —en su opinión— el más importante. En el capítulo primero intenta responder a la pregunta de si hay algo que pueda considerarse nuevo en la corriente de este nuevo ateísmo científico, llegando a la conclusión de que no aportan gran cosa a lo ya escrito por otros autores ateos. Para Haught, «en cualquier discusión sobre el ateísmo surgen de forma natural cinco cuestiones persistentes, que son las que brindan los temas para los capítulos 3 al 7»: ¿Sirve para algo la teología? (cap. 3); ¿Es Dios una «hipótesis» que la ciencia puede confirmar o rechazar? (cap. 4); ¿Por qué somos los seres humanos proclives a la fe religiosa? (cap. 5); ¿Podemos ser buenos sin Dios? (cap. 6); ¿Es la idea de un Dios personal creíble en una era marcada por la ciencia? (cap. 7)

En esta enumeración nos hemos saltado el capítulo 2. En él el autor se limita a preguntar «cuánto de ateo hay en el nuevo ateísmo». La pregunta es: «¿Qué pensarían, por ejemplo, Nietzsche, Camus o Sartre de Dawkins, Harris (Dennet) y Hitchens?». Haught diferencia entre un ateísmo «duro» y un ateísmo «blando». Parafraseando a un amigo, podría decirse que el ateísmo de los maestros de la sospecha es ateísmo que merece hoguera, mientras que el de los nuevos jinetes, sería un ateísmo «de barbacoa».

«Por último, en el capítulo 8 ofrezco una respuesta específicamente cristiana a las cuestiones tratadas en los capítulos 3 al 7. A algunos lectores les podrá parecer prescindible este capítulo conclusivo, si bien para mí, personalmente, es el más importante» (p. 18). Haught matiza mucho sus palabras. No se trata de dar «la respuesta», sino «una respuesta», por lo que el diálogo puede seguir abierto. Pero una lectura atenta del conjunto del libro rezuma ciertos resabios conservadores. La definición de Teología (p. 33) se me antoja excesivamente cerrada, y parece renunciar a la posibilidad de reformular e inculturar muchos de las reflexiones teológicas a la luz de los paradigmas de la llamada Era de la Ciencia. Esto es —según mi parecer— una seria dificultad para el diálogo con las nuevas culturas emergentes.

Pero sigamos el texto de Haught: «Los primeros siete capítulos evitan considerar el nuevo ateísmo desde un punto de vista cristiano. En vez de ello, mi crítica está planteada de tal modo que también los teístas no cristianos (en especial, los teístas judíos y musulmanes), así como los ateos y los agnósticos, puedan seguirla con facilidad. Solo en el capítulo final esbozo una respuesta teológica cristiana. En el capítulo 8 muestro que lo que los nuevos ateos entienden por «Dios» no tiene prácticamente nada que ver con lo que la fe y la teología cristianas entienden hoy bajo ese nombre» (p. 18).

Al lector estimula oír estas palabras. Pero la lectura atenta de los primeros capítulos puede defraudar. En el fondo, existe lo que podría llamarse un cierto tufillo conservador que hace que el ateo choque con un muro impenetrable de posturas previas inflexibles. Se percibe que el autor tiene ya «sus verdades» bien apuntaladas y las marejadas ateas chocan y rebotan. El diálogo —desgraciadamente— se hace asimétrico. No es de igual a igual sino desde el que dice poseer la verdad y que es impermeable a las críticas que se le puedan hacer. No hay fisuras, ni dudas, ni concesiones en el discurso de Haught. La argumentación consiste en reducir al absurdo cualquier pretensión de hacer dudar al que de antemano ha decidido que posee la verdad, aunque sea racional. Incluso, el planteamiento teológico del capítulo 8 se nos antoja excesivamente cerrado, sin fisuras. No hay resquicios ni posibilidades de duda. Todo está en su sitio y Haught hace un esfuerzo numantino de mantener conceptos y formulaciones clásicas frente al ateísmo científico. La estrategia de ridiculizar las ideas de los demás no se nos antoja la mejor manera de tender puentes de diálogo. Parece que todo lo que dicen es ofensivo, ridículo y caricaturesco. Y esa no parece que no es una actitud de escucha.

No por ello pretendemos justificar los argumentos de los cuatro jinetes del ateísmo, Dawkins, Dennett, Harris y Hitchens. Su argumentación es frágil, muchas veces demagógica y poco rigurosa en el conocimiento de la filosofía y de la teología (tanto cristiana como judía o musulmana). Heridos por el impacto contra las Torres Gemelas el famoso 11S, cargan sus armas inte-

lectuales contra toda expresión religiosa que, desde su punto de vista, solo lleva al terrorismo y que por ello hay que erradicar.—LEANDRO SEQUEIROS.

JUARISTI, JON, *Miguel de Unamuno* (Editorial Taurus, Madrid, 2012). ISBN: 978-84-306-0076-2.

Estrena la editorial Taurus, con el apoyo de la Fundación Juan March, una colección de biografías que ha bautizado como «Españoles eminentes» y con la que quiere recuperar, por un lado, un género biográfico al que le falta desarrollo en nuestro país y, por otro, la vida, excelencia moral y testimonio de ilustres pensadores españoles. La obra que nos ocupa, segunda editada en esta colección, es la encargada a Jon Juaristi para retratar a su paisano Miguel de Unamuno.

El libro, de 520 páginas, se inicia con un breve y sincero preámbulo que pone los mimbres de lo que nos vamos a encontrar. Tras el título: «Cómo se hace una biografía», Juaristi se sitúa claramente ante el proyecto reconociendo sus carencias, justificando su elección y planteando paralelismos personales y su relación con Unamuno como guía en su escritura.

Continúa con quince capítulos —cada uno con una parte de la vida de Unamuno— y un anexo final que consta del comentario bibliográfico, las notas —remitidas al final para facilitar la lectura—, un índice onomástico, un índice de obras y una selección de fotografías. En la presentación de la vida del pensador vasco pone especial acento —y esto es lo mejor del libro— en los años de niñez, formación e inicio de la carrera profesional del joven Unamuno. Es esta la parte del siglo XIX, que es la que Juaristi reconoce conocer mejor y la que cree que más abandonada está en el resto de pensamiento generado a partir de y sobre Unamuno. Sin duda, el panorama de la cuestión vasca, sus raíces, la tradición, las claves de sus vivencias más tempranas nos descubren nuevas perspectivas, responden preguntas, pero también generan nuevas. Esta obra que hoy tratamos será sin duda referente a partir de ahora cuando queramos remitirnos a la formación del yo de Unamuno precisamente en sus años de

formación. La lástima es que el cuidado y el espacio que Juaristi dedica a esta parte de la biografía mengua radicalmente cuando Unamuno se desprende —si es que alguna vez lo hizo— de su Bilbao natal. En otras palabras: la parte que más se conoce, el Unamuno del siglo XX que sí se ha reflejado más asiduamente en otros títulos, es para Juaristi claramente secundaria, lo que hace que la obra en su conjunto quede descompensada.

Ahora bien, hay un hilo conductor uniendo toda la obra: la relación entre Unamuno y Juaristi. Como ya decíamos antes, el autor rompe la distancia entre biógrafo y biografiado y hace vivir a un Unamuno en sus páginas al que recrimina decisiones, enmienda la plana, critica visiones y ajusta cuentas, moviéndose a veces desde la antipatía, a veces desde la justificación, a veces desde la admiración, de tal manera que acaba siendo tan contradictorio como el propio Unamuno lo era. No es, en definitiva, un Unamuno aséptico, de percepción académica el que aquí se nos presenta —siempre conscientemente, pues no podemos recriminar a Juaristi no ser sincero con sus pretensiones—, porque da el salto a una serie de juicios de valor que considero que restan rigor a lo que debería ser una biografía. Por ello, creo que la lectura de este volumen es interesante principalmente por la razón que hemos presentado, pero viéndola en su conjunto, no considero que cumpla las características que hacen a una biografía ser lo que son: imparcialidad, respeto a la cronología, equilibrio entre contexto, vida y pensamiento... Lo que encuentra quien se acerque a esta obra es, a mi juicio, un ensayo de prosa brillante, lectura agradable e interesante, aunque determinada, erudición.

La pregunta siguiente y necesaria sería si acaso se puede escribir una biografía tal y como mandan los cánones de un personaje tan poliédrico, polémico y rico en matices como fue Don Miguel. Quede entonces esta aproximación como prueba de que por mucho que avance la «unamunología», siempre quedará algo por descubrir y visitar tanto en el pensamiento como en las apasionantes experiencias vitales de este, sin duda, pensador eminente.—CLARA FERNÁNDEZ DÍAZ-RINCÓN.